



## Tecnologías atmosféricas de las espumas. Sobre el concepto de isla humana en el pensamiento de Peter Sloterdijk

Leopoldo Edgardo Tillería Aqueveque<sup>1</sup>

Recibido: 26 de septiembre 2021 / Aceptado: 29 de abril de 2022

**Resumen.** Se discute sobre la idea de isla antropógena o isla inteligente, que en Sloterdijk adquiere las figuras del cosmonauta, del acróbata, del asceta, pero también la del soldado con máscara antigás. En la era del atmoterrorismo, las islas humanas requerirían –sobre todo– de tecnologías de climatización procedentes de los prototipos de las islas absolutas y de las islas atmosféricas (los otros dos modelos descritos por el filósofo alemán). Tal integración tecnológica no equivaldría sino a la síntesis entre ascesis e inmunización. En tal sentido, ambos polos, el de la ultratecnología y el de la naturaleza, parecen condensar en la noción de isla humana el propósito pre-adámico y de tintes prometeicos de construir una máquina de mundo de vida.

**Palabras clave:** atmoterrorismo; climatización; isla absoluta; isla antropógena; isla atmosférica; ultratecnología.

### [en] Atmospheric foam technologies. On the concept of human island in Peter Sloterdijk's thought

**Abstract.** The concept of the anthropogenic island or intelligent island is discussed, taking on various forms in Sloterdijk's work, such as the cosmonaut, the acrobat, or the ascetic, but also that of the soldier with a gas mask. In the era of atmoterrorism, human islands would primarily rely on climate control technologies derived from the prototypes of absolute islands and atmospheric islands (the other two models described by the German philosopher). This technological integration would essentially represent the synthesis of asceticism and immunization. In this sense, both extremes, ultratechnology and nature, appear to condense the pre-Adamic purpose and Promethean hints of constructing a life-world machine within the notion of the human island.

**Keywords:** atmoterrorism; air conditioning; absolute island; anthropogenic island; atmospheric island; ultratechnology.

**Sumario:** 1. Introducción; 2. La isla humana como ejercicio técnico; 3. Cosmonautas, acróbatas y ascetas; 4. El termotopo como tecnología atmosférica; 5. Conclusiones; 6. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Tillería Aqueveque, L.E. (2023): "Tecnologías atmosféricas de las espumas. Sobre el concepto de isla humana en el pensamiento de Peter Sloterdijk", en *Revista de Filosofía*, 48 (2), 479-491.

<sup>1</sup> Universidad Bernardo O'Higgins (UBO), Chile  
Universidad Tecnológica de Chile INACAP, Chile  
leopoldo.tilleria@inacapmail.cl

## 1. Introducción

Peter Sloterdijk, con su estampa de filósofo afrancesado, puede optar perfectamente a ser señalado como el pensador que con más fineza y, al mismo tiempo, más arrogancia se ha entregado a la nada fácil tarea de formular una crítica ontológica a la sociedad contemporánea. Por momentos, Sloterdijk –ese torbellino de anécdotas históricas, disquisiciones tecnológicas y apuntes mitológicos acerca del transcurso de nuestro linaje– se transforma en el verdadero doctor Caligari de la posmodernidad<sup>2</sup>. El alemán no tiene empacho en disparar contra las redes sociales o contra casi todas las filosofías económicas, o contra el mismo manifiesto de una supuesta ética universal humanista. Por cierto, la figura que suena como su antagonista principal en este “reparto” de la escena filosófica de la posguerra, no es ni Jürgen Habermas ni Axel Honneth, sino el propio Martin Heidegger, signado por el propio Sloterdijk como el filósofo del límite de la caída.

Al respecto, hay cierto consenso en que el meollo de la recusación de Sloterdijk al filósofo de Friburgo se encuentra en la dimensión ontológica del *Dasein*, como el ente que está-ahí de hecho (Heidegger, 2002, p. 82). Si en Heidegger este *Dasein* se trata del hombre en un estado de estancamiento ontológico, en Sloterdijk ocurriría un movimiento ontológico inverso, en cuanto a que lo cardinal en la existencia del *Dasein* no sería la exterioridad de un espacio prácticamente infinito, sino la interioridad de un espacio bipolar, finito y habitable. En otras palabras, la esfera íntima del ser.

Sin embargo, la hipótesis de este trabajo no se centra en la discrepancia ontológica entre un posible espacio heideggeriano y otro sloterdijkiano, más allá de que esta sea la génesis de la diferencia metafísica entre ambos pensadores. Lo que quisiera discutir en la meditación de Sloterdijk es más bien la posible conexión, como núcleo del fundamento climatológico de las esferas, entre una cierta política de aislamiento y lo que con cierto abuso llamaré una fenomenología de lo atmosférico.

Se trata, pues, de confrontar su tesis acerca de la configuración onto-espacial contemporánea a la luz del marco con que él mismo comprende paleohistóricamente el desarrollo del hombre, esto es, suponiendo que “[...] la vida es una incesante demanda posterior de conocimientos sobre el espacio del que procede todo” (Sloterdijk, 2003a, p. 22). Este marco, como se sabe, es su teoría de las esferas, *corpus* que el germano expone en su portentosa *Esferas*, tres volúmenes (*Burbujas*, *Globos* y *Espumas*) que suman más de dos mil páginas y que fueron publicados en alemán entre 1998 y 2004. Aunque la tesis central de la obra, *tout court*, es que en su deriva como especie el *Homo sapiens* ha requerido diseñar e implementar corazas protectoras (afectivas, físicas, simbólicas, vale decir, técnicas) frente a un entorno

<sup>2</sup> *El gabinete del Doctor Caligari* (dirigida por Robert Wiene en 1920) es probablemente una de las mayores obras del cine expresionista alemán y, yo diría, de la historia del cine. Aunque su estilo maquetado, a partir de formas claroscurosas y retorcidas, han hecho ver en el filme algo así como una prefiguración de la llegada de Hitler a la Alemania de entreguerras, otras versiones, por el contrario, ven en su narrativa y locaciones una reacción estético-política ante las atrocidades de la Gran Guerra y una anticipación del cine fantástico y futurista. En mi opinión, la analogía entre Sloterdijk y el doctor Caligari debe buscarse no en una posible –y equívoca– simetría entre la arrogancia filosófica del de Karlsruhe y el autoritarismo de Hitler, sino más bien en la crítica que el filósofo alemán percute contra una suerte de estado de hipnosis posheideggeriana, el que reverberaría incluso hasta nuestros días, por ejemplo, en la imagen de una ciudadanía sometida a la explosión de ciertos bancos de ira (la reciente toma de Kabul por el Talibán sería uno de estos casos).

básicamente hostil y desconocido<sup>3</sup>, lo primordial es que en *Espumas* se llegará a describir algo así como una ética del clima. A decir verdad, dicha ética debiera entenderse mejor como una cierta política de inmunización ante las consecuencias aún perceptibles de la ruptura de la comunión con lo divino a raíz de la Caída de la humanidad del Paraíso (Sutherland, 2017, p. 144).

Sloterdijk recurre a la metáfora de la espuma para evocar un mundo contemporáneo individualista y post-holístico. Las espumas serían esferas frágiles, flexibles y efímeras, en las que la convivencia se desarrolla en un paradójico estado de adyacencia y co-aislamiento (Widmer & Klausner, 2020, p. 260). Es decir, corresponderían a un tipo particular de vida interior moderna, que ofrecería un relato sugerente y amplio de los seres humanos como seres moldeados por complejas fuerzas culturales, ambientales y tecnológicas (Lee & Wakefield-Rann, 2018, p. 163). Como se deduce de lo dicho, es imposible comprender la complejidad del espacio espumoso sin tener en cuenta que dicho espacio configura a la isla humana como una explícita construcción climatológica del *Homo sapiens*. De modo que la esencia de la ontotopología de Sloterdijk se jugaría sobre todo en la tematización de determinados climas espaciales insulares, asumiendo que estos reductos no buscan plantear una teoría de la separabilidad, sino, muy por el contrario, la idea de que la antropogénesis sería más bien una cuestión de circunscripción onto-espacial.

Procederé del siguiente modo: en primer lugar, abordaré el concepto de isla, la configuración espumosa por antonomasia, específicamente en sus variantes atmosférica y antropógena, para luego discurrir en qué medida esta isla podría ser considerada como fruto de un ejercicio técnico. Enseguida, intentaré vincular esta política de aislamiento con el panorama ontológico-espacial posmoderno, a través de las figuras del cosmonauta, del asceta y del acróbata. Al final, discutiré los alcances del concepto de clima atmosférico que Sloterdijk presenta como punta de lanza de su conocido discurso pro-tecnológico. La referencia a los conceptos de confort, termotopo y atmoterrorismo resultan aquí fundamentales.

## 2. La isla humana como ejercicio técnico

Todo comentario que pueda formularse a la teoría de Sloterdijk resulta, al fin y al cabo, deudor de una determinada configuración técnica de la inserción cósmica del *Homo sapiens*. Este se impone como criatura solvente en medio de los elementos sólo a condición de que salvaguarde su existencia mediante la puesta en juego de técnicas de protección (corazas biopolíticas, invernaderos climatizados, cúpulas de atmósferas blindadas), que ha ido seleccionando y que el mundo de la cultura ha ido, dado el caso, simplificando o haciendo más sofisticadas.

Como sea, no se trata de cualquier noción de inmunidad. El ser humano logra este bloqueo séptico frente a las condiciones ambientales en la medida en que hace acopio de una serie de reservas en materia tecnológica, cultural, arquitectónica, biomédica, espiritual, etc. Paradójicamente, detrás de esta especie de resiliencia filogénica se halla el devenir del propio concepto de inmunidad, al que Sloterdijk sumará, como

---

<sup>3</sup> Estas corazas o mundos interiores son precisamente las esferas, estrategias de inmunización con-subjetiva que hasta cierto punto se aíslan del mundo exterior, creando normas y valores compartidos sobre cómo afrontar conjuntamente las irritaciones e intrusiones del mundo exterior (Ernste, 2018, p. 275).

parte de la imagen del acróbata posmoderno, las rutinas de ocio y autocuidado: “Este enfoque sugiere una nueva forma de pensar juntos en biología, arquitectura, ecología, antropología y sociología [...]. Sloterdijk enmarca los desarrollos históricos, tecnológicos y culturales asociados con la modernidad como facilitadores de un tipo distintivo de experiencia inmunológica”<sup>4</sup> (Lee & Wakefield-Rann, 2018, p. 158). Sin embargo, esta experiencia inmunológica, que tiene asimismo una dimensión global y otra dimensión personal o simbólica, se sostiene en su máxima expresión sólo si el modelo de isla humana se asemeja a las condiciones originales que Sloterdijk describe para el prototipo de isla atmosférica. (El tercer modelo es el de la isla absoluta o isla orbital).

En el corazón de su teoría de las espumas, Sloterdijk recurre persistentemente a las formas naturales para explicar o predecir el modo existencial del *Homo sapiens*. De esta manera, las islas atmosféricas actuarían como la manifestación de una cierta *natura naturans* (algo así como una sustancia trascendente en su gestión ecológica) respecto de una determinada y necesaria adecuación evolutiva del ser humano, que parece mostrarse correlativamente como una específica *natura naturata* o rendimiento resultante de su actividad climatológica en las islas humanas. Lo que está, pues, en juego en la noción de isla son aquellos dispositivos de inmunización que resultan más efectivos según sea el estadio histórico, cultural o, como suele decirlo Sloterdijk, antropotécnico en que se halle nuestra especie. Con la idea de espuma, el alemán se referirá a una aglomeración de burbujas en un estado de creciente inestabilidad e incertidumbre (biológica, emocional, política, religiosa, cosmológica), vale decir, a una idea generalizada de vivienda y sociedad que da cuenta de la forma en que los desarrollos en arquitectura y telecomunicaciones han servido y sido servidos por un ideal de convivencia co-aislada (Lee & Wakefield-Rann, 2018, p. 154). Para Sloterdijk, la difusión de las similitudes entre estos conglomerados no se produce principalmente a través de la comunicación, sino que sigue una lógica de propagación mimética. Esto es, concibe la espuma neo-monadológicamente (Boos & Runkel, 2018, p. 264). Así, posmodernidad, propagación de espumas y política de aislamiento coinciden en una misma estrategia de inmunización, propia de la fase tardocapitalista de la sociedad:

La reunión de innumerables «pompas de jabón» endocósmicas, pues, ya no hay que pensarla a la manera del monocosmos de la metafísica, en el que la plétora de los existentes fue convocada bajo un logos común a todo. En lugar de la super-pompa-de-jabón filosófica, de la mónada-todo del mundo-uno [...] aparece una aglomeración policósmica, que puede describirse como agrupación de grupos, como espuma semi-opaca compuesta de estructuras espaciales conformadoras de mundo (Sloterdijk, 2006, p. 54).

Dicha aglomeración policósmica alcanza en la isla humana su mayor punto de ebullición. En efecto, para el de Karlsruhe los seres humanos sólo pueden ser dimensionados como tales gracias al efecto sin par de su aislamiento. Dicho de otra forma, y tomando un concepto clave de la ontología moderna, el principio de realidad siempre irá incluido en todas las naves o islas que el *Homo sapiens* sea capaz de crear (Sloterdijk, 2006, p. 268). Lo que hace Sloterdijk es descubrir en las prácticas ascéticas contemporáneas las virtudes de un determinado sistema

<sup>4</sup> Traducción propia.

de aislamiento atmosférico, que el hombre venía poniendo a prueba a partir de un sinnúmero de experimentos y posibilidades técnicas y artificiales. Así, por ejemplo, el fenómeno de transformación de las burbujas en una aglomeración de espumas se deriva de la experiencia observada en la construcción de casas reguladoras del clima. Tales formaciones delimitarían un enclave del aire de alrededor, aislándolo en él, y estabilizarían, sugiere el filósofo, una diferencia atmosférica permanente entre los conceptos de espacio interior y espacio exterior (Sloterdijk, 2006, p. 261).

No es difícil ver en esta teoría de la espuma una reverberación del propio modelo de naturaleza, tan caro a esta especie de paleoantropología que resulta ser la monumental *Esferas*. En un sentido casi teleológico, el viaje de la naturaleza a la artificialidad conformaría la deriva de un linaje, como el nuestro, que es capaz de diseñar una tecnología modelada por el propio mundo natural. De hecho, el modelo intermedio de isla descrito por Sloterdijk –la isla atmosférica– parece funcionar como una verdadera bisagra ontológica, en el sentido de que, por un lado, corrobora *de facto* la economía del binomio ascesis/aislamiento y su eficacia en una atmósfera climatizada, y, por otro, proyecta la idea de isla, ahora en su *performance* humana, como un tipo de santuario contemporáneo del ser. Es a lo que se refiere Spremo con tendencia post-secular:

En un mundo desilusionado por la producción y el consumo, los individuos intentan sortearlo de varias maneras, incluida la fascinación por rituales religiosos y ejercicios espirituales [...]. Sloterdijk no ve nada malo en eso, ya que no es de ningún modo un retorno al dogma religioso, sino más bien una tendencia post-secular hacia el auto-ejercicio y la autodisciplina<sup>5</sup> (Spremo, 2015, p. 96).

Ahora bien, es innegable que Sloterdijk atribuye al concepto de isla antropógena visos de un cierto evolucionismo. Esto significa que la necesidad de autoexclusión o de secesión natural del *Homo sapiens* respecto de la horda, podría también entenderse, particularmente en la sabana africana, como una suerte de misterio topológico que permitió que de algunos de esos grupos pre-adámicos se desarrollaran las líneas-*sapiens* posteriores en las que continúa la especie actual (Sloterdijk, 2006, p. 277). En Sloterdijk “[...] se trata de una reflexión de antropología histórica desde la incipiente formación de los invernaderos pre-humanos hasta el advenimiento monstruoso y peligroso en el claro del mundo en perspectiva onto-antropológica” (Triviño, 2018, p. 180). Es decir, una virtual segregación técnica.

### 3. Cosmonautas, acróbatas y ascetas

Más allá de este guiño al desarrollo homínido, que no deja de ser esencial en relación a la conformación de la isla atmosférica y la isla antropógena, lo que quisiera destacar es la determinación climatológica de las islas contemporáneas entendidas como espumas. Estos complejos espumosos de espacios intercordiales tienen hoy la función térmico-política de auto-incubación del *Homo sapiens*. O sea, de configurar un determinado efecto invernadero que asegure una cierta condición inmune (Sloterdijk, 2006, p. 277). Incluso aludiendo al modelo de isla absoluta,

<sup>5</sup> Traducción propia.

esto es, a la isla artificial construida con medios técnicos astronáuticos, lo evidente es que las islas antropógenas hacen las veces de una virtual estación espacial que nos envuelve como nuestro primer mundo de la vida (Sloterdijk, 2006, p. 279). La sociedad contemporánea es, o tiende a ser, el hábitat del individuo o grupo incubado. Equivale, si hubiera que utilizar una metáfora del mismo texto del teutón, a la explanada desértica (la nueva sabana) en la que el asceta moderno ejecuta sus tareas de auto-cuidado.

No obstante, este espacio abierto, que paulatinamente se convierte en una profilaxis respecto de una determinada alteridad, requiere de la actividad técnica del ser humano, sin la cual estas islas antropógenas no serían propiamente lo que son: “[...] talleres de una creación de espacio compleja sin par” (Sloterdijk, 2006, p. 278). Dicha tensión engendradora de la cueva tecnológica, donde el asceta/acróbata actual debe equilibrar una problemática ontología, mezcla de realidad y de virtualidad, termina conformando lo que bien pudiera entenderse como islas *Smart*, es decir, islas humanas inteligentes que, a su vez, han sido capaces de construir paredes eficientes de distanciamiento. El panorama ontológico-espacial sería el siguiente:

Si en lo que sigue presentamos una serie de instantáneas de islas, como si estuvieran tomadas desde gran altura, siempre lo hacemos en la conciencia de que con la repetición incipiente del «mundo de la vida» terrestre en el vacío espacial se ha logrado una mirada completamente nueva a las condiciones desarrolladas en el espacio próximo a la Tierra. La cosmonáutica sirve a la filosofía contemporánea como radicalización de la *epoché* (Sloterdijk, 2006, p. 279).

Si bien, tomada *ad litteram*, esta idea parece poner el acento en la *physis* de la isla absoluta como experimento técnico que intenta descifrar posibles condiciones de vida para nuestro linaje en un entorno herméticamente cerrado (el vacío cósmico absoluto), lo sustancial del pasaje es la noción de nueva *epoché*, en el sentido de que esta metafísica de lo insular, que el *Homo sapiens* lleva hasta su extremo mediante el diseño de trajes espaciales, se plantea hoy como la actualización del ejercicio ascético de suspensión del juicio (político, tecnológico, bioético, epistémico, cosmológico o religioso). Este trance de reflexión sobre los espacios de existencia propios, da pie a pensar las islas humanas como habitáculos sofisticados que encaran el desencanto de una política global de integración (económica, social, tecnológica, biomédica, militar, aeroespacial), que se ha visto truncada por los últimos estertores de un modelo de modernidad agotado en sus aspiraciones de ser-comunidad.

No hay, pues, misterio alguno en retrotraer la experiencia de distensión global actual, el fraccionamiento de la «mala sociedad» tardocapitalista, a los albores de la hecatombe grupal del *Homo sapiens* en plena sabana africana. Como reconoce Sloterdijk, hasta cierto punto es acertado definir como global el modo de existir de los grupos prehistóricos. Visto así, el modelo de conformación insular del hombre contemporáneo no puede sino seguir el patrón original, vale decir, la expansión originaria de las hordas:

Lo mejor es imaginarse a las antiguas hordas como una especie de islas flotantes, que avanzan lentamente, de modo espontáneo, por los ríos de la vieja naturaleza. Se separan del medio exterior por la revolucionaria evolución de las técnicas de distanciamiento [...] y están sujetas desde su interior por un efecto invernadero emocional, que amalgama a

los miembros de la horda [...] en una especie de institución psicosocial total (Sloterdijk, 2002, p. 25).

Ahora, si hubiera que sugerir una diferencia prioritariamente histórica entre el *Homo sapiens* de las islas paleolíticas y su congénere de la era del Big Data, esta no radicaría, como quien dijera, en el modo político de incubación de la antinaturalidad dentro de la propia naturaleza (Sloterdijk, 2002, p. 28), sino en el tipo de técnica que subyace a estas nuevas oleadas de reconfiguración de la horda. De esta forma, la misma arquitectura, la biopolítica (incluyendo las diferentes formas de atmoterrorismo), la nanotecnología, las políticas migratorias y el modelo de las *Smart cities*, por nombrar sólo algunas de las dimensiones implicadas en la fase actual de crisis ecológica y social (Sloterdijk, 2002, p. 28), han ido determinando los nuevos modos de autorreclusión del *Homo sapiens*. En otras palabras, “[...] a partir de la interacción y reunión de seres vivos, se produce un insulamiento por autoinclusión que va estableciendo los modos de ser de los grupos” (Huerta, 2016, p. 36). Estos nuevos modos de ser parecen equivaler al nuevo Jardín del Edén en estado de aislamiento posmoderno: “Islas son prototipos de mundo en el mundo” (Sloterdijk, 2006, p. 238). Más aún, la figura del apartamento como forma egosférica atómica representaría justamente ese espacio conformado a modo de isla en cuanto concepto fundamental de vida “urbanícola” individual (García, 2008, p. 79).

Se trate de islas implantadas en el vacío (islas absolutas), de islas artificiales climatizadas como despliegue de un encapsulamiento vital (islas atmosféricas), o de islas inteligentes que determinan espacios infinitos de cualidades específicamente humanas (islas antropógenas), la configuración de las islas contemporáneas no parece ser sino signo de una completa deflagración de lo que la política de la posguerra había llamado tan pomposamente Nuevo Orden Mundial. En efecto, esta coyuntura (material, virtual o simbólica) de secesión individual o bipolar que llamamos isla o cobijo de intimidad (Huerta, 2016, p. 37), opera en la práctica como una irreversible tecnología de ascesis e inmunización. (Recordemos que en el relato de Sloterdijk las espumas son una variación del concepto de esfera, y no su conversión ontológica).

Pues bien, si concedemos el argumento de Spremo, en cuanto a que el antiglobalismo de Sloterdijk explicaría la conformación posmoderna de islas como sinónimo de la desconfianza que provoca la globalización en la civilización occidental, no podemos sino interpretar tales acrobacias inmunológicas, literalmente, como una reacción de sobrevivencia ante la amenaza de ser engullidos por un pensamiento gigantesco fruto del calentamiento global de la manada. Dice Milena Spremo:

Es una especie de cuadro bíblico, algo así como Babilonia, una especie de profecía del Apocalipsis cumplida ante todos los presentes. Sientes que se necesita mucha resistencia espiritual sostenida y renuncia para no sucumbir [...], para no inclinarse ante el hecho, para no declarar a Baal como dios, es decir, para no tomar lo existente como tu ideal<sup>6</sup> (Spremo, 2015, p. 97).

Si la paleopolítica contiene la más antigua gramática de la pertenencia mutua (Sloterdijk, 2002, p. 32), entonces podemos agregar que la política del absurdo y del inmoralismo, o sea, la fase epidémica de la política, parece ser la encargada de

---

<sup>6</sup> Traducción propia.

diseminar la idea que funciona como el leitmotiv de la posmodernidad: la visión del otro como amenaza, o, si se quiere, la ratificación del concepto de isla como resabio de una experiencia atávica de xenofobia.

#### 4. El termotopo como tecnología atmosférica

En lo que sigue, argumentaré cómo en la teoría de Sloterdijk el concepto de tecnología atmosférica es crucial en la estabilización del modelo de isla antropógena. Para tal fin, discutiré el fundamento atmosférico de la isla humana, básicamente a partir de las nociones de isla atmosférica y de confort.

Comenzaré por la antropósfera, esa suerte de espacio virtuoso de lo insular al que Sloterdijk le atribuye nueve dimensiones, cada una de ellas, dice él, “aportadora de mundo”, lo que en la práctica significa que se trata de nueve formaciones espaciales, pero al mismo tiempo técnicas y emocionales que enhebran la totalidad de la experiencia del *Homo sapiens* en dirección a la producción de ámbitos de compensación de sus disposiciones naturales (Luce, 2015, p. 145). Estos espacios de la antropósfera implican, respectivamente, las manos (quirotopo), los sonidos provenientes de la campana vocal (fonotopo o logotopo), el fluido existencial común (uterotopo), los efectos térmicos del hogar (termotopo), el eros (erototopo), el falo bélico o la fuerza sacerdotal (ergotopo o falotopo), la experiencia posible de lo verdadero (alethotopo), la semiótica de Dios (thanatotopo o theotopo), y la vinculación recíproca por costumbres comunes (nomotopo).

Hilvanar una existencia fundada en esta experiencia simbólico-espacial trascendente, quiere decir que las islas humanas se configuran real y ficticiamente mediante el ejercicio técnico del *Homo sapiens* en cada uno de estos espacios. Se trata de un movimiento de climatización único y específico, de acontecimientos ontotopológicos abiertos en base a ejercicios aislantes de acondicionamiento e instalación, que configuran un espacio cibernético como espacialidad simbólica de comprensión y autocomprensión (Huerta, 2016, p. 37). Tal omniabarcación del mundo, por medio de estas nueve regiones espaciales, equivaldría al fundamento simbólico-metafísico de nuestro armado inmunológico. El *Homo sapiens* es esencialmente *Homo immunologicus* “[...] porque confiere una apariencia simbólica a su propia vida, construyendo de manera incesante un puente entre naturaleza y cultura que le permite sobrevivir” (Luce, 2015, p. 146). Este puente lo forma precisamente cada uno de estos nueve espacios, o, para decirlo bien, el ejercicio que cada uno de estos espacios propicia. Recordemos que la conexión entre ejercicio e inmunización es cardinal a la antropogénesis, si ejercicio resulta ser “[...] cualquier operación mediante la cual se obtiene o se mejora la cualificación del que actúa para la siguiente ejecución de la misma operación [...]” (Sloterdijk, 2013, p. 17). La única forma en que el *Homo sapiens* puede transferir experiencias espaciales cercanas a espacios más remotos es justamente ejercitándose en el diseño de cubiertas de inmunización.

De esta laya, las variantes antropotécnicas equivalen a los propios ejercicios inmunológicos que estamos llamados a realizar frente a las turbulencias del entorno. Tal inmunización supone necesariamente un desempeño en espacios acondicionados atmosféricamente, es decir, diseñados y climatizados como instituciones termotópicas (Sloterdijk, 2006, p. 311), condición sin la cual no se podría considerar a estas

islas humanas como meta-hogares confortables, independiente de si su duración o inestabilidad las obliga a transformarse en otros sistemas técnicos de aseguramiento (Sloterdijk, 2006, p. 310). En tal sentido, “[...] la onto-antropología de Sloterdijk se convertiría en un marco de pensamiento que se aproxima muy fuertemente al pensamiento geográfico contemporáneo”<sup>7</sup> (García, 2016, p. 3).

Sloterdijk verá precisamente en el termotopo el reducto calorífico para un espacio técnica y atmosféricamente confortable. En él, climatización atmosférica, política de aislamiento y confort hacen las veces de una geografía tecnificada para asegurar una deriva, pudiera decirse, eficiente de la especie. Sin una temperatura adecuada, o sea, confortable, autorregulada y dotada de una cierta heurística, es improbable el concepto de isla humana. En todo caso, esto no impide que las espumas que emergen y se disuelven en la malla de burbujas del espacio físico-simbólico del *Homo sapiens*, emerjan y se disuelvan precisamente producto de la diferencia atmosférica (*nolens volens*, variación térmica) que experimentan las nociones físico-virtuales de interior y exterior. El termotopo no es únicamente la zona en la que quienes pertenecen a los grupos sienten la ventaja calorífica inmediata del fuego (un motivo que, además, sólo pudo ganar peso en la fase post-africana de la evolución cultural), sino sobre todo el círculo en el que se ponen de manifiesto las ventajas de la magia cotidiana (Sloterdijk, 2006, p. 307).

En suma, la misma idea de temperatura se espacializa: actúa como variable clave del confort de las islas antropógenas haciendo posible las relaciones calóricas entre los componentes del grupo. El calor sustancializado, el fuego, termina siendo el divino protector de la isla. De él pende la posibilidad de estar seguros: “[...] desde él irradia el evangelio de la inmunidad” (Sloterdijk, 2006, p. 307). La productividad del fuego puede inclusive verse como parte de una alquimia atemporal: una mezcla de arte, magia y tecnología orientada a salvaguardar al termotopo de cualquier signo de desproporción o posibilidad de intoxicación por enviciamiento del aire vital. Esto significa que la experimentación en las tecnologías de diseño de la isla absoluta y la isla atmosférica no corresponde sino a un ejercicio destinado a seleccionar y traspasar a la isla humana variantes de aseguramiento de confort. Asimismo, los algoritmos extraídos de las islas absolutas (el prototipo de vacío absoluto) y de las islas atmosféricas (el modelo de isla artificial climatizada) parecen expresar la posibilidad diferenciada de transferencia de confort ontológico a partir de la ultratecnología y de la propia naturaleza.

El fundamento de esta aseveración, a saber, que la fidelidad a la miseria que nos ha engendrado corresponde al célebre efecto-de-aire-viciado (Sloterdijk, 2006, p. 305), no es otro que la concepción antropológica de que el *Homo sapiens* no tiene por naturaleza un arraigo originario por un lugar o una tierra determinada (llámese esta patria, familia, Estado, etc.), sino en realidad por la idea de confort. Contra Heidegger, Sloterdijk verá más bien el terruño, en cuanto *ahí* del *Dasein*, no en la “Tierra del camino” que intenta frenar los embates tecnológicos o industriales del *Ge-stell*, es decir, de lo dis-puesto como maquinaria de ocultamiento del ser (Heidegger, 1983, p. 87), sino en la adecuación o adaptación de su respectiva esfera a un espacio reconfortante. Es el confort o, si se quiere, la economía del bienestar, el verdadero destino del ser humano en cuanto ser-en-esfera, y no ese arraigo de cuño nacionalsocialista que parece subyacer en el discurso heideggeriano como símbolo

<sup>7</sup> Traducción propia.

del árbol de la libertad o derechamente como sinónimo de los “entes del camino”.

Desintoxicación es en Sloterdijk el despojo de ese prurito de apego a un lugar presuntamente propio y generacional. El lugar del ser-en-esferas será entonces aquel espacio en que el *Homo sapiens* logre esquivar cualquier posibilidad de asfixia producto del síndrome del campo patrio (Sloterdijk, 2006, p. 305). Bajo esta conjetura, el fuego funcionaría como el símbolo mágico de la dación del confort necesario para una vida desintoxicada: “El fuego alimentado en común encierra la experiencia de que hay protectores naturales que deparan ventajas mientras se les mantenga a la vista cuidadosamente” (Sloterdijk, 2006, p. 306). De este modo, Sloterdijk presenta una ligazón cosmológica entre fuego y desintoxicación extremadamente potente, donde la pira inflamada parece representar simultáneamente la fuerza femenina y sacerdotal originaria: una suerte de técnica de limpieza térmica y atmosférica que cumpliría la misma función de los modernos sistemas tecnológicos de inmunización. Esta ventaja calorífica sólo puede darse en la medida en que el ser humano se adapta a la esfera que mayor bienestar le represente al momento que este sea solicitado. Así, el termotopo representaría el lugar de confort por antonomasia:

El termotopo es un espacio, en el que, por confirmaciones continuas, valen las expectativas de éxito; ese espacio constituye la esfera de confort primaria desde épocas iniciales muy arcaicas, aunque sólo desde la época de civilizaciones desarrolladas, como la de los romanos, el culto de la fortuna pública vaya unido al culto de los hogares (Sloterdijk, 2006, p. 307).

No es, pues, casualidad que en otro lugar de *Espumas* Sloterdijk presente al termotopo como un virtual Campo de Marte de nuestra especie. En efecto, la primera parte de la introducción del volumen se titula “La guerra de gas o: El modelo atmoterrorista”, con lo que ya se deja en claro el posible uso de nuestra atmósfera como tecnología de coerción o aniquilamiento. En cierto sentido, la tecnología atmosférica se muestra en esta aproximación literalmente como botín de guerra para la lógica de la barbarie moderna. De manera que, si hay algo que la praxis del terrorismo ha zanjado de una vez entrado el siglo XX, esto son las múltiples variantes de uso del ambiente como *espacio de letalidad*.

Más allá de la detallada cronología de las tecnologías del aire utilizadas en el desarrollo de la guerra regular o irregular que plantea Sloterdijk (de donde es fácil deducir su tesis de que el uso militar de gases y otros dispositivos que incluyan el envenenamiento de la atmósfera del enemigo califica como práctica atmoterrorista), lo que viene a mostrar su crítica es, como quien dice, el cambio de “blanco” en la economía del terror. Plantea el filósofo de origen neerlandés: “Se recordará el siglo XX como la época cuya idea decisiva consistió en apuntar no ya al cuerpo de un enemigo sino a su medio ambiente. Esta es la idea fundamental del terror en un sentido más explícito y más acomodado a los tiempos” (Sloterdijk, 2006, p. 79). Atmoterrorismo es el terror enfocado y desplegado en el ambiente de la isla: “[...] lo que le importa [al terror actual] es la sustitución de las formas clásicas de lucha por atentados a las condiciones medioambientales de vida del enemigo” (Sloterdijk, 2006, p. 80).

Es bastante obvio que esta idea de atmoterrorismo se basa en la experiencia probablemente más dramática que el ser humano haya vivido en materia de intoxicación deliberada como estrategia militar: la Gran Guerra. No por nada

nuestro autor recurrirá al concepto de climatología militar para designar al fenómeno directriz del terrorismo de gases: “El saber de nubes tóxicas es la primera ciencia con la que el siglo XX muestra su documento de identidad” (Sloterdijk, 2006, p. 83). En su ensayo, *Temblores de aire. En las fuentes del terror*, agrega: “En los nuevos modos de actuación, orientados a la supresión de las condiciones vitales del enemigo a través de un ataque a su medio ambiente, se perfilan los contornos de un concepto de horror poshegeliano, idiosincrásicamente moderno” (Sloterdijk, 2003b, p. 45). Siguiendo esta tesis, sólo cabría hablar de atmoterrorismo desde una perspectiva contemporánea, puesto que, en tanto práctica de una tecnología de sabotaje del ambiente, este se define justamente por ser una forma de manifestación modernizada de un saber exterminador y especializada teóricamente en temas del medio ambiente (Sloterdijk, 2003b, p. 46). Algo así como una epistemología sofisticada del terror.

Como sea, la técnica de producción del arsenal de posibilidades de gasificación tóxica requerirá obligadamente del desarrollo fulminante de aparatos militares protectores de la respiración humana (máscaras antigás de tropas regulares) (Sloterdijk, 2006, p. 83). Esta tecnología de contra-atmoterrorismo, o, si se prefiere, de desintoxicación de la atmósfera gaseada, corroboraría que, desde la Primera Guerra Mundial en adelante, las guerras de invasión, las guerras de baja intensidad y los asaltos de tropas de élite han convertido ontológicamente la guerra regular en una guerra «ecologizada», es decir, transferida a un entorno atmosférico. En otros términos, la imagen de la máscara antigás demuestra que el individuo atacado intentó liberarse de su dependencia del entorno inmediato de aire respirable, escondiéndose tras un filtro que hace las veces de un primer paso al principio de aire acondicionado, basado en el desacoplamiento de un volumen definido de aire respecto de la totalidad del aire del entorno (Sloterdijk, 2006, p. 83).

En una región paradójicamente limítrofe entre atmoterrorismo y ultratecnología, la mayor expresión de atmósfera colapsada con consecuencias de intoxicación y aniquilamiento en islas humanas y atmosféricas es la explosión del reactor de Chernóbil en 1986. Aunque las causas definitivas de este accidente se han asociado a la vulnerabilidad de los protocolos de seguridad en una determinada secuencia de pruebas del laboratorio internacional bielorruso, lo cierto es que la consecuente transformación del diseño original de la atmósfera de la totalidad de Europa y de buena parte de Asia y de Noráfrica, ha supuesto con seguridad el choque de mayor impacto entre la ultratecnología y el espacio atmosférico humano. Todo hace pensar que el “incidente” Chernóbil, como sistema de producción política, epistemológica, tecnológica y militar, o sea, todo aquello que se ha encubierto con el apelativo de nuclear, no constituyó una catástrofe aislada de almacenamiento de energía, sino que fue el reflejo perfecto de que “[...] la teoría del aire y la técnica del clima no son meros sedimentos del saber de la guerra y la posguerra, ni, *eo ipso*, objetos primeros de una ciencia de la paz, que sólo pudo surgir a la sombra del estrés de guerra, sino, ante todo, son formas de saber primarias post-terroristas” (Sloterdijk, 2006, pp. 86-87).

Ahora bien, la posibilidad de intercambio atmosférico interior/externo de las tres clases de islas descritas por Sloterdijk, aunque con consecuencias bien distintas en uno u otro caso, queda sobremanera evidenciada en la silenciosa nube de cesio post Chernóbil. En efecto, la descontrolada irradiación de ese material por los cielos de la mitad del mundo invirtió el sentido de la relación entre el aire del entorno y la zona de aire especial, pues ahora la zona acomodada artificialmente, es decir, la zona

climatizada o de ambiente “intervenido”, ofrecía condiciones de aire privilegiadas, mientras que el entorno natural resultaba cargado con un riesgo respiratorio letal y creciente, con consecuencias biológicas y medioambientales aún imposibles de calcular desde el punto de vista generacional.

Como reflexión final, conviene atender a Svetlana Alexiévich, en sus *Voces de Chernóbil*:

Ha cambiado la imagen del enemigo. Nos ha salido un nuevo enemigo... Enemigos. Mataba la hierba segada. Los peces pesados en el río, la caza de los bosques... Las manzanas... El mundo que nos rodeaba, antes amoldable y amistoso, ahora infundía pavor. La gente mayor, cuando se marchaba evacuada y aun sin saber que era para siempre, miraba al cielo y se decía: «Brilla el sol. No se ve ni humo, ni gases. No se oyen disparos. ¿Qué tiene eso de guerra? En cambio, nos vemos obligados a convertirnos en refugiados...» (Alexiévich, 2015, p. 49).

## 5. Conclusiones

La teoría sloterdijkiana del insulamiento, como modelo de segregación onto-espacial del *Homo sapiens*, puede llegar a entenderse como la contrapartida ontológica de la teoría del espacio del *Dasein* heideggeriano. Sin entrar en el calado de estas diferencias, las islas antropógenas o islas inteligentes debieran ser vistas en realidad como el desempeño de una técnica totalitaria en la que el ser humano, metaforizado en la imagen del cosmonauta, del acróbata y del asceta, pero también en la del soldado con máscara antigás, ha debido integrar lo mejor de la tecnología de las islas absolutas y atmosféricas. Dicha integración no es sino la síntesis entre ascesis e inmunización. De modo que ambos polos, el de la ultratecnología y el de la naturaleza, condensarían en la noción de isla humana el propósito pre-adámico, y por qué no decirlo, de tintes prometeicos de construir una máquina de mundo de vida.

Las condiciones de confort e inmunización de esta máquina-isla en el orbe efervescente de espumas, no sólo están orientadas, como razona Sloterdijk, a proyectar las islas humanas hacia una aventura protoarquitectónica en un espacio cibernético. El cosmos futuro, el que pone en jaque a la autonomía, si es que no a la misma ontología del *Homo sapiens*, requerirá de islas humanas cada vez más equipadas con tecnologías de climatización provenientes de los modelos de las islas absolutas y atmosféricas, de las cuales la Superinteligencia Artificial sería un buen ejemplo. En tal sentido, si tomamos partido por el bando de aquellos conglomerados que han debido especializarse en tecnologías contra-atmoteroristas, como, por ejemplo, la Europa post Chernóbil, la teoría de las islas climatizadas de Sloterdijk se revelaría inopinadamente como una perfecta teoría de la desintoxicación.

## 6. Referencias bibliográficas

- Alexiévich, S. (2015): *Voces de Chernóbil*, Barcelona, Penguin Random House Grupo.  
 Boos, T. & Runkel, S. (2018): “Einführung: Die ungeheuerliche Raumphilosophie von Peter Sloterdijk”, *Geographica Helvetica*, vol. 73, n° 4, pp. 261-272.  
 Ernste, H. (2018): “The geography of spheres: an introduction and critical assessment of

- Peter Sloterdijk's concept of spheres", *Geographica Helvetica*, vol. 73, n° 4, pp. 273-284.
- García, F. (2008): "La egoesfera", *Signo y Pensamiento*, vol. 27, n° 53, pp. 68-91.
- García, P.O. (2016): "Peter Sloterdijk, l'onto-géographie et le problème du dehors", *Géographie et cultures*, vol. 100, pp. 1-15.
- Heidegger, M. (1983). *Ciencia y técnica*, Santiago, Universitaria.
- Heidegger, M. (2002): *Ser y tiempo*, Santiago, Universitaria.
- Huerta, R. (2016): *Esferología, política y guerra en Peter Sloterdijk: para una apherología de la guerra de cuarta generación* (Tesis de posgrado), México D.F., Universidad Iberoamericana.
- Lee, T. & Wakefield-Rann, R. (2018): "Design Philosophy and Poetic Thinking: Peter Sloterdijk's Metaphorical Explorations of the Interior", *Human Ecology Review*, vol. 24, n° 2, pp. 153-170.
- Luce, S. (2015): "El acróbata en los tiempos del neoliberalismo", *Soft Power*, vol. 2, n° 1, pp. 143-149.
- Sloterdijk, P. (2002): *En el mismo barco*, 3° ed., Madrid, Siruela.
- Sloterdijk, P. (2003a): *Esferas I. Burbujas*, Madrid, Siruela.
- Sloterdijk, P. (2003b): *Temblores de aire. En las fuentes del terror*, Valencia, Pre-Textos.
- Sloterdijk, P. (2006): *Esferas III. Espumas*, Madrid, Siruela.
- Sloterdijk, P. (2013): *Has de cambiar tu vida. Sobre antropotécnica*, Valencia, Pre-textos.
- Spremo, M. (2015): "Sloterdijkova kristalna palača", *Anthropos*, vol. 1-2, pp. 91-101.
- Sutherland, T. (2017): "Ontological co-belonging in Peter Sloterdijk's spherological philosophy of mediation", *Paragraph*, vol. 40, n° 2, pp. 133-152.
- Triviño, J. (2018). "Aclarando el claro. Una reflexión sobre 'La domesticación del Ser' de Sloterdijk", *Universitas Philosophica*, vol. 35, n° 70, pp. 173-205.
- Widmer, S. & Klausner, F. (2020): "Foams of togetherness in the digital age: Sloterdijk, software sorting and Foursquare", *Geographica Helvetica*, vol. 75, n° 3, pp. 259-269.